

El loro

Estábamos jugando con Platero y con el loro, en el huerto de mi amigo, el médico francés, cuando una mujer joven, desordenada y ansiosa, llegó, cuesta abajo, hasta nosotros. Antes de llegar, avanzando el negro ver angustiado a mí, me había suplicado:

—Zeñorito, ¿ejtá ahí eze médico?

Tras ella venían ya unos chiquillos astrosos, que, a cada instante, jadeando, miraban camino arriba; al fin, varios hombres que traían a otro, lívido y decaído. [...]

Mi amigo se llegó, cariñoso, al herido; le levantó unos míseros trapos que le habían puesto, le lavó la sangre y le fue tocando huesos y músculos. De cuando en cuando me decía:

—*Ce n'est rien...*

Caía la tarde. De Huelva llegaba un olor a marisma, a brea, a pescado... Los naranjos redondeaban, sobre el Poniente rosa, sus apretados terciopelos de esmeralda. En una lila, lila y verde, el loro, verde y rojo, iba y venía, curioseándonos con sus ojitos redondos.

Al pobre cazador se le llenaban de sol las lágrimas saltadas; a veces dejaba oír un ahogado grito.

Y el loro:

—*Ce n'est rien...*

Mi amigo ponía al herido algodones y vendas...

El pobre hombre:

—¡Aaay!

Y el loro, entre las lilas:

—*Ce n'est rien... Ce n'est rien...*

Juan Ramón Jiménez, *Platero y yo*.

- El poeta de Huelva Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel de Literatura, escribe aquí sobre un cazador que ha sido herido en el parque de Doñana. ¿Crees que se puede cazar en este lugar en la actualidad? Explica por qué.